

Para recordar lo vivido

Sardi

Víctor Negrete Barrera

76



Cuando terminaron de hacer el amor ese día 27, todavía abrazados, empezaron a recordar los meses transcurridos. Sólo entonces cayeron en cuenta lo rápido que había pasado el tiempo y no perdieron la oportunidad de verificar y aclarar el estado de los sentimientos de cada uno, el porqué de la necesidad de encontrarse a cada momento y cómo la tenue luz de la esperanza de compartir la vida algún día era cada vez más grande y luminosa. En medio de planes, promesas y sueños, algo llamó la atención: él quería buscar un nuevo

nombre para ella, que te identifique como mujer y pareja enamorada, le dijo. Por seguirle el juego nombraron varios... al final ella propuso Sardina, el pequeño pez de río, arroyos y quebradas que disfruta juguetona y curiosa, esperanzada y desconfiada el medio donde vive. El, para hacerlo más tierno sugirió el diminutivo Sardi. Así, en ese acto de amor aprobaron la fecha de celebración mensual y el nombre que al pronunciarlo la evoque tal como es.

La relación durante varios años y la comunicación permanente que sostienen le ha permitido conocerla en algunas de sus cualidades. Sabe que es independiente: no acepta ataduras ni da explicaciones que comprometan sus secretos e intimidades. Es práctica: entiende que todo es efímero y no existen compromisos eternos, todo puede acabarse en cualquier momento asumiendo las consecuencias. Es solidaria con familiares, ayudándoles a la crianza de numerosos sobrinos, apoyando los hermanos y últimamente dedicada a cuidar y sostener a sus padres ancianos. Su origen campesino y la visión espiritual que tiene de la vida la ha hecho noble y sencilla. Es trabajadora: desde los doce años le tocó laborar en casas de familia, con programas productivos de iglesias cristianas y agencias de cooperación, entre otras. El estudio le interesó desde niña, con los ingresos de sus trabajos terminó el bachillerato y obtuvo una profesión. Es sensible a las dificultades económicas... ha visto brotar sus lágrimas cuando cuenta no poder

satisfacer necesidades básicas de ella y sus parientes más cercanos. Incansable como es, de regreso a su pueblo campesino, está dedicada a criar animales domésticos y tratar de terminar en Montería una pequeña casa que después de mucho tiempo no logra concluirla. Su mayor anhelo no lo ha cumplido todavía: ser una ama de casa, tener una casa bonita y ordenada, siguiera un hijo y un esposo bueno. Eso sí... llena de felicidad y respeto.

Recuerda y añora el gozo de su infancia: los padres los dejaban ser dichosos, les permitían jugar con todos los objetos de la casa sin importar si eran sábanas, calderos, mesas, asientos, escobas, ollas... lo que fuera. Era la preferida de su papá y aunque nunca tuvo muñecas de verdad no le hicieron falta porque uno de sus hermanos las fabricaba valiéndose de las plantas de yuca sembradas en el patio, hebras o barbas que recogían de las mazorcas de maíz y trapos desechados. Ella era la encargada de vestirlas de acuerdo con la ocasión. Con totumo y otros productos les inventaba carritos, caballos, vacas, cerdos y gallinas, entre otros.

El juego era permanente...no había obstáculo u oficio que lo impidiera. Con los hermanos jugaban a las tapillas (tapas de gaseosa o cerveza) lanzándola al bateador y bolas de caucho; bañarse en los arroyos y represas; correr bajo la lluvia, recibir el chorro de canales instalados en casas para recoger el agua de los techos, hacer barquitos de papel y pajarear o cuidar los sembrados de arroz, maíz, ñame, yuca, fríjol cabecita negra y ajonjolí de aves como el yolofo, torcaza, turrugulla, tortolita, mochuelo y toche. En el pueblo, sin energía eléctrica y luna clara, la noche era propicia para narrar cuentos, jugar al escondido o a las cuatro esquinas y acordar planes para el día siguiente.

Ahora, de vuelta a su pueblo está entregada a sus viejos que requieren sus cuidados. Prefiere sacrificarse antes de dejarlos. El trabajo en un hogar campesino es abrumador, sobre todo cuando es el centro de una familia numerosa y, además, dedique gran parte de su tiempo a criar animales domésticos. En medio de los oficios, la naturaleza que todavía la acompaña, la tranquilidad y la brisa suave del anochecer, piensa una y otra vez en su vida. A sus 49 años el alma se le ablanda y sin querer una lágrima recorre su cara. En otro lado... el hombre que la quiere la mira en silencio, la besa profundo y le pide tenerla más tiempo.



Montería, 3-7-2020